

**ALEJANDRO
BERCOVICH**

An illustration of two black hands, one on the left and one on the right, pulling white strings. The strings are arranged to form the letters of the title. The title is written in large, bold, black, sans-serif capital letters. The words are stacked vertically: 'EL', 'PAÍS', 'QUE', 'QUIEREN', 'LOS', and 'DUEÑOS'. The strings are attached to the bottom of each letter and extend downwards, where they are held by the two hands. The hands are wearing white shirts with black cuffs.

**EL
PAÍS
QUE
QUIEREN
LOS
DUEÑOS**

**Participan: Cecilia Rikap, Lara Bersten,
Juan Odisio, Gustavo García Zanotti
y Augusto Tartufoli**

 **Planeta**

**ALEJANDRO
BERCOVICH**

**EL
PAÍS
QUE
QUIEREN
LOS
DUEÑOS**

Participan: Cecilia Rikap, Lara Bersten,
Juan Odisio, Gustavo García Zanotti
y Augusto Tartufoli

INTRODUCCIÓN

Futuro en disputa

¿Con qué país sueñan los dueños de la Argentina? ¿Qué futuro imaginan para las empresas, los campos, las máquinas, los edificios, los centros comerciales, la infraestructura, los bancos, las plataformas digitales y los recursos naturales que controlan? ¿Tienen acaso un proyecto productivo-tecnológico capaz de conducir al resto de la sociedad hacia esa tierra prometida? ¿Es una idea de desarrollo nacional autónomo o apenas un plan de negocios subordinado a intereses extranjeros? ¿Hay lugar para todos y todas en ese país que imaginan? ¿Qué están dispuestos a ceder para convencer a toda la gente de que ese rumbo es el correcto? ¿Apuestan a dirigir el tránsito hacia ahí o apenas a mantener sus privilegios y acrecentar sus fortunas a expensas de los demás? ¿Es Javier Milei el instrumento político que estaban esperando?

Las preguntas sobre el gran capital son tan incómodas como infrecuentes porque al gran capital no le gusta responderlas. Sus dueños adoran proponer soluciones para los problemas

económicos que se fueron apilando en la Argentina del siglo XXI pero siempre fueron reacios a autoexaminarse. Mucho menos están dispuestos a admitir que sus propias conductas, o al menos algunas de ellas, son parte de los problemas estructurales de un Estado y un aparato productivo todavía condicionados por las secuelas de una dictadura que la misma clase dominante apoyó decididamente.

Este libro propone un debate pendiente para una democracia que nunca supo, nunca pudo o nunca quiso discutir el rol de la élite empresarial. Ningún dirigente político fue mucho más allá de vagas alusiones (críticas o exegeticas pero siempre superficiales) a quienes «se la llevan en pala», a los «capitanes de la industria», al «mundo emprendedor» o más recientemente a los «héroes benefactores». Fuera del ecosistema de los negocios, aunque inclinen la balanza en todas las elecciones y condicionen de mil maneras la vida del resto de la población, los nombres de los que mandan apenas se conocen. Sus caras, mucho menos.

Durante este primer cuarto del siglo XXI, la relación del gran capital con el poder político-estatal tuvo importantes vaivenes. Tras fracasar en el intento de enterrar para siempre la disputa social por la riqueza debajo de la paridad fija del peso con el dólar de la convertibilidad, y ante el abismo de un «que se vayan todos» que los incluía expresamente, los referentes más lúcidos y conscientes del empresariado se aliaron coyunturalmente al peronismo para reconstruir la autoridad del Estado («el país normal» de Néstor Kirchner) y hasta preservar una unidad nacional tambaleante en los estertores del ajuste recesivo e hiperdesigualador de fines de los noventa. Basta recordar que cada provincia había empezado a emitir su propia

moneda y que se discutía seriamente la posibilidad de dolarizar la economía o entregarle la conducción del Banco Central a un comité de académicos extranjeros.

Una vez reconstruidas la unidad y la autoridad, volvió la disputa por el excedente económico. Más allá del detonante puntual, la guerra abierta que estalló entre el establishment corporativo y el kirchnerismo no fue por las retenciones a la exportación, por la Ley de Medios, por la estatización de las AFJP ni mucho menos por la corrupción, un lenguaje que al empresario nunca le resultó ajeno en la Argentina ni en ningún lugar del mundo. Fue una disputa acerca de quién administraba los frutos de un período de crecimiento inédito que se apalancó sobre la disparada de la tasa de ganancia que trajo aparejada la devaluación salarial de 2001-2002, la mejora de los términos del intercambio por la irrupción de China en el mercado mundial, la innegable modernización productiva de los noventa y el envión positivo de toda América del Sur, que además coincidió en una misma sintonía política y consiguió coordinar posiciones geoestratégicas como nunca lo había logrado.

El gran desacuerdo nacional que interrumpió aquel ciclo de crecimiento fue sobre cuál debía ser el tamaño del Estado. Y no solo porque el Estado hubiera crecido mucho por esos años (el gasto público saltó del 25 al 35% del PBI con el kirchnerismo y luego la pandemia lo empujó al 43%), sino también porque —salvo un puñado de excepciones— los grandes grupos económicos construyeron complejas estructuras *offshore* para eludir el pago de los impuestos que históricamente lo sostuvieron. Como antes lo habían hecho sus primos europeos y estadounidenses, los magnates criollos se emanciparon del fisco. Así empezó, silenciosamente, la demolición del Estado. Solo faltaba

alguien que terminara esa faena desde adentro. La hipótesis que explora este libro es que la motosierra de Milei vino a sacudir violentamente una relación de fuerzas que los patrones ya habían inclinado antes a su favor, paulatinamente, primero mientras toleraban que el Estado engordase y después cuando ya le habían puesto un freno a su expansión pero no conseguían que retrocediera a su mínima expresión de los noventa.

En realidad, lo que se presenta públicamente como una discusión en torno al tamaño del Estado o a la supuesta eficiencia del mercado no es más que un velo para tapar la verdadera disputa: cuánto de la riqueza social administran los dueños del capital y cuánto se apropian los trabajadores activos, los inactivos (como los jubilados) y otros sectores sociales cuya supervivencia no garantiza el libre juego de la oferta y la demanda. Lo que estuvo permanentemente en disputa desde aquel crac de la convertibilidad es qué porción de la economía se mantenía bajo el control del capital y cuánto se le escurría. Hasta qué punto es capaz de incidir la democracia sobre el rumbo productivo del país y su patrón de acumulación, incluso aunque los dueños también condicionen y decidan sobre el Estado, sin someterse a elecciones, como siempre ocurrió en los países capitalistas.

Milei hace explícita como nunca esa contienda y también su posición, abiertamente del lado del capital. Aun cuando haya fracciones que ganaron y otras que perdieron en su primer año de gestión, que se ensañó especialmente con las pymes pero que también hirió a grandes compañías que proveen al mercado interno. Aun cuando haya pateado contra algún grupo por rencillas puntuales. Su «desprecio infinito por el Estado» es un grito de guerra de los patrones en general,

donde se mezclan (y a veces se contradicen) los intereses de la clase dominante local con los de las poderosas corporaciones extranjeras a las que fue cediendo parte de su poder en las últimas décadas.

Una salvedad: esa pulseada entre Estado y capital no implica que sean siempre fuerzas antagónicas. Tampoco que el Estado sea sinónimo de comunidad ni que la exprese políticamente. Si bien el brutal ajuste fiscal que llevó adelante Milei durante el primer año de su gestión cautivó ideológicamente a una élite que disfruta de presentarse como la antítesis de «lo estatal», la relación entre ambos es por demás promiscua. Al contrario de lo que pasó con las jubilaciones, la obra pública o los presupuestos para salud, ciencia y educación, la porción del excedente productivo que fluye desde las arcas fiscales hacia los patrimonios de los dueños no solo no menguó durante el primer año de La Libertad Avanza en el poder sino que aumentó. Ahí están los jugosos pagos de intereses de la deuda, los subsidios, los tipos de cambio preferenciales, los regímenes de fomento, las exenciones impositivas, las concesiones y privatizaciones de servicios públicos y la vista gorda ante los incumplimientos en esos contratos de concesión. También la corrupción lisa y llana, un mecanismo de apropiación de lo público mucho más tosca, que no se limita a los funcionarios pero siempre requiere su participación, y que en el caso de la ultraderecha salió súbitamente a la luz con el escandaloso fraude de la criptomoneda \$LIBRA, que no habría sido posible sin el impulso activo del mismísimo Presidente.

Otra salvedad: intrínsecamente, la utopía neoliberal del «Estado mínimo» —abocado exclusivamente a justicia, seguridad y defensa— es la de un Estado gendarme del capital. Un guardián

celoso del derecho de propiedad (privada) que no custodia ningún otro derecho pero que no escatima recursos para proteger a los propietarios. Por eso no debería extrañar que el nuevo combo de la ultraderecha haya incluido a figuras como Patricia Bullrich o Victoria Villarruel y que la élite jamás haya objetado sus desbordes represivos ni sus reivindicaciones de antiguos crímenes de lesa humanidad. Ambos son indispensables para el disciplinamiento social que exige el reseteo regresivo en curso. Para viejos aviones F-16 que no vuelan, pistolas *taser* y gases lacrimógenos sí hubo plata. Toda la que hizo falta.

Los que mandan

La embestida de los potentados en la lucha de clases es una tendencia común a todo Occidente. Casi nadie discutió que sus fortunas se hayan duplicado o incluso triplicado desde la pandemia, lapso en el cual la abrumadora mayoría de la población se empobreció. Tampoco que su estilo de vida se haya despegado del resto de los mortales como lo hizo (¿alguien se imagina a Marcos Galperín veraneando en Pinamar como Alfredo Yabrán en los noventa?). Lo que ahora también parecen querer asumir tanto en América como en Europa los tecnomagnates que desplazaron a los industriales, banqueros y petroleros del podio del ranking Forbes es el comando directo del Estado para blindar su dominio. Ahí está el ejemplo del hombre más rico del mundo, Elon Musk, empezando a gobernar con Donald Trump y a blandir su propia motosierra tras haber volcado la elección a su favor, decisivamente, desde la red social que había comprado apenas dos años antes.

Es exactamente lo que combate la ascendente China, cuyo «socialismo con peculiaridades» ya demostró el vigor suficiente para desafiar a Estados Unidos productivamente y superarlo tecnológicamente. Ahí el límite a la acumulación de capital lo impone justamente el rol político que pretenda jugar el empresario en relación al Estado. O al Partido, que a nuestros fines es lo mismo. En China un hombre de negocios se puede hacer archimillonario pero no desafiar los designios del comité del Partido Comunista en su empresa, en el que participa pero donde no tiene la última palabra. Lo vivió en carne propia Jack Ma, fundador de la plataforma de comercio electrónico AliBaba, para quien no había contradicción entre ser afiliado al PCCh y figurar en el ranking Forbes con una fortuna de 50.000 millones de dólares, pero a quien sus críticas al sistema bancario chino a fines de 2020 le valieron un ostracismo de casi un lustro. Recién a inicios de este año, mientras Musk desembarcaba en la Casa Blanca, el premier Xi Jinping convocó a un acto a los popes *tech* de su país —incluido Ma— para instarlos a «mostrar su talento». Fue justo después del lanzamiento de DeepSeek, el motor de inteligencia artificial que sacudió la estantería de Silicon Valley, y estaban los jefes de Huawei, Xiaomi, BYD, Tencent y varios dragones más.

Encontrar las coordenadas locales de esa disputa entre Estado y capital es clave para comprender la época que nos toca vivir y el trance decisivo que atraviesa la democracia que supimos conseguir. También para imaginar futuros alternativos. Especialmente en medio de tanto ruido y confusión y con la transformación del capitalismo global en pleno curso, a una velocidad que incluso abrió discusiones sobre si no mutó en una especie de nuevo tecno-feudalismo.

¿Por qué la clase dominante argentina no consiguió vertebrar su hegemonía en torno a un proyecto de desarrollo capitalista que al menos se proponga incluir a toda la población? ¿Cuánto del fracaso económico de la última década es atribuible a su comportamiento y cuánto a los barquinazos de los últimos tres gobiernos? ¿Por qué apuestan sus fortunas y el futuro de sus familias a un tipo del que desconfiaron hasta último momento por delirante, que se define a sí mismo como «divergente» y desvaría con liderar una refundación planetaria? ¿Expresa acaso esa apuesta su propia renuncia a ser ellos quienes lideren el camino del país al desarrollo? ¿Es Milei una manera de «darse por vencidos» en la carrera de los países que aspiran a superar su rol periférico en la economía mundial? Son los interrogantes que apunta a responder el primer capítulo de este volumen, donde se condensan conversaciones que tuve con los más importantes empresarios de la Argentina durante la última década.

En su ensayo, en el segundo capítulo, Gustavo García Zannotti avanza sobre un aspecto del comportamiento de esa élite tan nodal como ignorado en el debate público. ¿Se puede seguir hablando de una «burguesía nacional» si sus activos más valiosos están a nombre de sociedades extranjeras que operan como cáscaras para enmascarar su verdadera propiedad? ¿Hasta qué punto la desterritorialización del capital local y los grandes grupos económicos expresan también esa renuncia de la clase dominante a convertirse en clase dirigente? ¿Qué aspectos de la desregulación de los noventa debieron revertirse a tiempo para evitar o al menos morigerar ese proceso? ¿Fueron las estructuras *offshore* construidas desde el cambio de siglo el primer topo que vino a destruir el Estado desde adentro?

A continuación, Cecilia Rikap escruta en su texto a una tecnoburguesía local que emergió en la campaña de 2023 y en el primer año de Milei como la más entusiasta defensora de la ultraderecha. ¿Por qué elige subordinarse a los magnates digitales extranjeros para subordinar a su vez al resto del capital local? ¿Cómo reemplazan las plataformas al Estado cuando se retira? ¿Qué puertas les abrieron a esos tecnomagnates los fracasos y las defecciones del progresismo? ¿Hasta dónde moldearán la democracia del siglo XXI la inteligencia artificial y los algoritmos?

Juan Odisio, por su parte, explora los proyectos que tuvo la élite para el país a lo largo de su historia. Democráticos, autoritarios, populares, aristocráticos, en tiempos de bonanza y contextos mundiales adversos, todos tuvieron su expresión y sus apoyos en la clase dominante. Su trabajo también busca problematizar las contradicciones del mercadointernismo, la fragilidad de nuestra inserción internacional y la falacia de la Argentina potencia agroexportadora de hace cien años, a la luz de la restricción externa que suele aparecer en cada crisis.

¿Puede superarse esa restricción externa de la mano del gas y el petróleo encerrados en Vaca Muerta? ¿Es la roca madre de Neuquén la salida del laberinto económico nacional? ¿Qué exigen los nuevos zares de los hidrocarburos para invertir lo necesario para exprimir esa roca? ¿Cómo influyen sobre las decisiones de YPF, cuyo control recuperó el Estado justo antes del descubrimiento de esa roca y cuyo manejo entregó la ultraderecha a un exdirectivo de Tecpetrol, del grupo Techint? ¿Traerán tantos dólares como otra Pampa húmeda? ¿Seremos Angola o Noruega, o ninguna de ambas? Es a lo que se aboca

Lara Bersten en su capítulo, crucial para proyectar el futuro inmediato y hacer foco en sus posibles tensiones.

Pero como no se trata solo del quién sino también del para qué, Augusto Tartufo nos introduce además en la vida cotidiana y el tiempo libre de nuestra élite. Como un *voyeur*, en un viaje fascinante, expone el uso que suelen darle los capitalistas a ese excedente que se apropian y defienden del resto de la sociedad. ¿Cuáles son sus deseos, intimidades, aspiraciones, anhelos, modelos, entretenimiento, vínculos globales y patrones de consumo? ¿Cuáles sus destinos turísticos, lujos, extravagancias, tilinguerías y refinamientos? ¿Se sienten argentinos? ¿Quieren que sus hijos lo sean?

Ya hay suficientes libros sobre Milei y por qué ganó. Es hora de preguntarnos para quiénes gobierna y hacia dónde quieren ir ellos. Antes de que llegemos ahí sin siquiera darnos cuenta.

ALEJANDRO BERCOVICH